

Magonismo y fin de siglo. (Apuntes para aproximarse a una investigación acerca de los libertarios mexicanos del grupo Regeneración

HILARIO TOPETE LARA

• Quién de nosotros puede acaso ignorar aquel fragmento de Joan Manuel Serrat que dice: "... sin utopía, la vida sería un ensayo para la muerte"? O más pedantemente, ¿quién puede menospreciar que un filósofo tan polémico, por cuanto tiranolátrico, como Cioran expresó: "A la larga, la vida sin utopía es irrespirable", a la vez que reconocía que los únicos utopistas respetables eran los anarquistas? ¿Quién, por otro lado, puede desconocer que el siglo XIX, sobre todo en su segunda mitad, además de ser el más hereje, el más sorprendente por cuanto desarrollo científico, tecnológico, literario, sociopolítico y filosófico, fue también el más saturado de utopías y convulso de cuantos le antecedieron? La respuesta es, a no dudar gran cosa: "casi nadie".

El caldo de cultivo

En efecto, el siglo XIX está saturado de fascinación. Los adelantos científicos asombran al mundo pe-

se a que en ocasiones se realicen sin pleno conocimiento de las causas y leyes que originan los fenómenos. En menos de medio siglo los anales de la ciencia dieron la bienvenida, en genética, a las leyes mendelianas de la herencia (1865) y los estudios sobre los cromosomas (Boveri, 1904); en química, al sistema periódico de Mendeleiev (1869), a la placa de bromuro de plata de Maddox y Eastman (1871), a los rayos X (Roentgen, 1895) y a los estudios con *radium* (Curie, 1898). La ciencia de la salud se vio beneficiada con el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis por Krebs y Löffler (1882) y el de la peste (Kitasato, 1894), con las primeras prácticas asépticas de Mergman (1885) y la producción del suero antidiftérico (Behring, 1893). La física se enriqueció con el descubrimiento de las ondas electromagnéticas (Hertz, 1888) y la radioactividad (Rutherford, 1903); pero, sobre todo, trasciende con la aportación einsteniana: la teoría de la relatividad enunciada en 1905.

El hombre del segundo medio del siglo XIX, cuya capacidad para pasarse fue puesta constantemente a prueba, pasó de un asombro a otro con el desarrollo de la

tecnología: contempló, en materia de comunicación, desde los primeros estudios sobre la telefonía (Reis, 1861), hasta el diseño del teléfono (Bell/Gray, 1876), y la invención de la telegrafía sin hilos (Marconi, 1897); a la fototipia (Albert, 1869), sucedió la autotipia (Meisenbach, 1881), la máquina de componer para tipografía (Mergenthaler, 1884) y la fototelegrafía (Korn, 1902); el fonógrafo (Edison, 1877) llamó poderosamente la atención preservando el sonido, y el cinematógrafo de Lumière (1895) capturó la imagen en movimiento. La industria de guerra dio la bienvenida al torpedo de Whitehead (1866), la dinamita (Nobel, 1867) y la ametralladora (Maxim, 1883). La ingeniería monumental hacía posible el Canal de Suez (1856), y el hormigón armado (Monier, 1867) iniciaba un largo camino donde habría de encontrarlo el tubo sin soldadura (Mannesmann, 1885). Sin embargo, en eso de anotar, la mecánica se llevó las palmas: al motor de cuatro tiempos de Otto (1876) sucedió la invención de la locomotora eléctrica (Siemens, 1879), el motor a gasolina (Daimler/Maybach, 1884), con lo cual se hace posible echar a rodar

HILARIO TOPETE LARA. Profesor-investigador de la EHAH-INAH.

los primeros automóviles (Daimler/Benz, 1885); asimismo, Zeppelin (1900), al hacer volar sus primeros dirigibles, estimuló la creación de los primeros aeromóviles de los hermanos Wright (1903). Los motivos para la tecnolatría se anunciaban incesantemente.

La filosofía ha alcanzado su clímax en Alemania: la dialéctica y la fenomenología hegelianas, los estudios iconoclastas de Feuerbach, los postulados de la razón práctica, el imperativo categórico, la dialéctica trascendental, los juicios apriorísticos y la estética trascendental kantianos, dejan su paso al materialismo dialéctico y al materialismo histórico, al positivismo y al nihilismo. Marx, Comte, Nietzsche, seguidores y detractores (libertarios incluidos) salen a la palestra del pensamiento filosófico y sociopolítico para enquistarse en el segundo medio del XIX, y más.

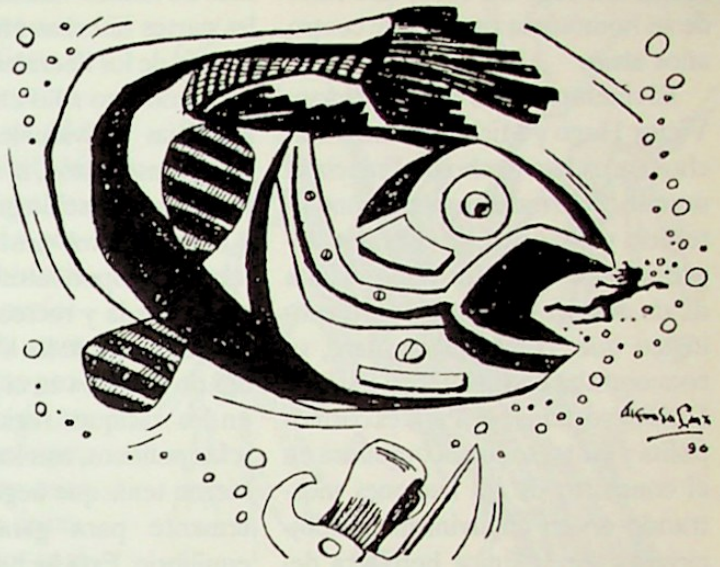
Las letras acudieron al sepelio del neoclasicismo y saludaron al romanticismo, al realismo y al modernismo. Es el siglo en el cual se rompen las reglas para dar paso a lo espontáneo y mirar no al mundo grecolatino sino hacia oriente o hacia lo nacional; es el espacio para recuperar el paisaje y hacer concordar al hombre con la naturaleza; es el tiempo para subrayar el subjetivismo y el lirismo autorales; es el lapso en que los poetas y los narradores no tienen empacho en encomendarse la denuncia de los males sociales y la regeneración humana; es la oportunidad de mezclar el costumbrismo con el idealismo romántico. Vates y bohemios deambulan por calles y tabernas mostrando con orgullo su inadaptación social y su anhelo de crear un arte individualista, irrepetible, alejado de las formas y las normas. La renovación también está allí, entremezclada con la creación y la libertad: "¡No a

las tiranías!", aunque provengan de Galdós, Víctor Hugo o Darío, parece ser grito unánime.

La pintura tiene nuevas propuestas: el paisajismo, el romanticismo, el naturalismo, el impresionismo y el expresionismo, conocerán un "siglo de oro" más para Francia. El gusto por los temas modernos, por el oriente, la iconoclasia y el color no es privativo de George Sand, Stendhal, Renan, Chateaubriand, Musset, Baudelaire o Gautier. El rumbo es París: allí se ha librado una de las últimas reacciones neoclásicas y se ha instaurado el academicismo francés en pintura, pero David e Ingres bien pronto vieron a Girodet y Gros tomar los pinceles para perfilar la vanguardia romántica, mientras Rude, Barye hacían lo propio en la escultura y Percier y Fontaine imponían al estilo imperio su unidad arquitectónica y ornamental. El paisajismo que brotó de esta convulsión dio a luz a un Turner con su genialidad para el manejo del color, al pintor de lo campirano, Millet, y al maestro del paisaje, y anunciador de impresionismo, Corot; pero el iconoclasta Gericault desoyó el academicismo e inauguró un ro-

manticismo del cual serían indiscutibles luminarias Chasseriau (el último de los románticos) y Delacroix, otro anunciador del impresionismo. Al romanticismo hubo de sucederle, en esta obsesiva búsqueda, la maestría de Courbet y el instaurador indiscutible del impresionismo: Manet; tras ellos, una cauda integrada por Monet, Pissarro, Sisley, Renoir, Turner, Degas, Bernard, Cezanne y Gauguin entre otros. El expresionismo maduro del joven impresionista Münch es, por supuesto, la respuesta de otra genialidad rebelde a lo Nietzsche, a lo Dostoyevsky, Ibsen, Strindberg y Darío, cuya fuente de inspiración no quiso ubicarse, plenamente, en la Ciudad Luz.

El rumbo es París, y una de las evidencias son las "ferias mundiales" del siglo pasado, entre las cuales la única ciudad que repitió como sede fue la cuna de la Revolución Francesa, en 1878, 1889 (en ocasión del Centenario) y 1900: Aún más: otras exposiciones fueron una copia de aquella en la cual la Torre Eiffel rasgó los cielos como símbolo y homenaje al progreso, a la expansión imperial y al nacionalismo, como lo evidenció la feria internacio-



nal de Chicago en 1893, una calca de su homónima parisina de cuatro años atrás.

El rumbo es París porque Renan, Víctor Hugo y Michelet, entre muchos otros han hecho de Francia el mundo. Se irradia romanticismo literario y pictórico, se contagia impresionismo y modernismo, a falta de un desarrollo científico y tecnológico que, como queda claro, se concentraba en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. París es cosmopolita y culta: se pasea orgullosa en el concierto de las naciones mostrando en su chauvinismo exhibicionista ser la única heredera del enciclopedismo ilustrado: las ferias lo mismo exponen un motor que a un bosquimano; una obra arquitectónica que un traje típico. El oriente, la América y frica, con todo su "exotismo" son expuestas como las tierras ignotas, vírgenes y de promisión para los inversionistas y colonizadores blancos: París es el espejo en el cual las naciones no civilizadas pueden proyectar su futuro siempre y cuando se acepten las reglas del juego y se propicien las condiciones para la inversión y la inmigración.¹

Pero las convulsiones sociales también están a la orden del día: a la fiebre independentista de las colonias americanas les sobrevienen las pugnas internas y las que tienen que librar contra los ejércitos filibusteros y neocolonialistas. México, sin ir muy lejos, ha librado una guerra anticolonialista contra España, ha debido sufrir las asonadas de William Walker y Gastón Tousey; ha soportado una doble invasión francesa y otra norteamericana; ha atravesado por dos fugaces imperios, dos dictaduras prolongadas y múltiples guerras intestinas. Asimismo, la guerra de las ideas se ha trasladado, hacia la segunda mitad del XIX, a la definición del mo-

delo de Estado-nación deseado por las partes internas en conflicto. El triunfo de los liberales garantizó un país moderno sólo en el papel: las garantías individuales, el reinado de la constitución, la soberanía popular, la educación gratuita y laica, y muchos otros postulados, todos fueron componentes de una mitología creada y recreada a antojo y conveniencia de los liberales; el poder no radicaba en el gobierno sino en los caciques regionales, en los jefes políticos, con los cuales el gobierno tenía que negociar frecuentemente para garantizar cierto equilibrio. Esta lucha no cesaría sino hasta el advenimiento del porfiriato. El Estado nacional liberal, limitado pero fuerte, nunca pudo superar esta contradicción.

Para que esos extremos pudieran conciliarse, hubo necesidad de articular eclécticamente ideas antiguas con modernas; esto es, el pensamiento liberal y la pseudofilosofía positivista, la liberalidad con la moderación, el orden preservador con el progreso antiestático, un ejecutivo fuerte con un sistema de normas anticentralizadoras. Los artífices fueron, a no dudar, los integrantes de La Unión Liberal: Francisco Bulnes, Pablo Aceño, Ignacio Bejarano, Ives Limantour, Joaquín D. Casasús, Justo Sierra, Manuel Zamacoña, Juan de Dios Peza y Manuel Gutiérrez Nájera, quienes en el primer número declaraban airesamente que ya "ha pasado la edad heroica; la nación entra en plena faz industrial", y que "en las democracias más

perfectas el poder no emana jamás de la masa de la Nación, aún suponiéndolo ilustrado."²

Pero esa nueva generación de ideólogos ignora que las posibles combinaciones del liberalismo no desembocan exclusivamente en el positivismo, como también desconoce que fuera del grupo existen otros intelectuales que hacían una lectura más consecuente y radical del liberalismo: el liberalismo social; entre estos hombres, habría que destacar a Ignacio Ramírez e I.M. Altamirano, cuyas ideas habrían de elevarse hasta alcanzar puntos de contacto en una generación posterior que supo engarzar al liberalismo con La Idea, con el Espíritu del Siglo, con el anarquismo.

Los libertarios y los liberales mexicanos

Hayden White ha hecho notar que el anarquismo se ha presentado allí



donde el romanticismo ha hecho su aparición.³ Ciertamente, no habría objeción alguna si se refiere al movimiento literario, filosófico y artístico de los últimos años del siglo XVIII y la primera mitad del novecientos, con todas las especificidades que la circunstancia sociocultural imprimió en cada rincón del planeta donde se presentó. En efecto, si pensamos que, en términos generales, se considera al optimismo, al titanismo, al providencialismo y al tradicionalismo como caracteres comunes y fundamentales de todas las manifestaciones del romanticismo, las coordenadas del socialismo libertario y las románticas, muestran algunas intersecciones espacio-temporales. Sin embargo, de ello no se deriva que unas sean consecuencias de otras; no al menos para el caso mexicano. Veamos.

Uno de los ingredientes del romanticismo se vincula con la exaltación de la tradición y las instituciones en que ella se encarna; a esta acción se debe en muy buena medida el retorno a la Edad Media, para el caso de Europa, y el rescate de la indianidad y el mestizaje desde las profundidades de un pasado precortesiano y novohispano, para el caso de América; ella la exaltación de la tradición explica en buena medida, también, el surgimiento de las primeras formas de nacionalismo. En efecto, el concepto de nación se constituye entonces con elementos tradicionales como la raza, la lengua, las costumbres, la religión y el paisaje (amor al terruño) que no pueden negarse sin sentir el peso de la traición; por el contrario, todos son dignos de exaltarse.

Otro rasgo se vincula estrechamente con la historia. Ésta es el plano providencial del mundo, es un proceso necesario en el cual la razón infinita (Yo, Espíritu de la Épo-

ca, Humanidad, Idea, Autoconciencia) se manifiesta o se realiza; por tal razón, no hay en ella nada irracional ni inútil y sí, al contrario, de verdad y perfección. La historia es infinita perfección de cada momento suyo y no progreso infinito; de no ser así, resultaría que cada momento previo es muestra de imperfección, lo cual contradiría la afirmación inicial. Bajo esta postura, su exaltación del pasado, claro deviene responsabilidad ineludible aunque en ello se juegue la presencia del individuo y sus libertades en la historia y sólo logre rescatar "héroes", "próceres" y otros sujetos de quienes se ha valido la providencia para realizar de mejor manera sus finalidades. En este sentido, tradicionalismo y nacionalismo se enquistaron en la piel común del providencialismo romántico.

Un tercer elemento observable entre los románticos es la firme idea de que la realidad "es todo lo que debe ser" y el deber ser se relaciona con la racionalidad y la perfección. Hay en ello una visión optimista que permite exaltar el dolor, la infelicidad, el mal y la muerte: la polifacilidad tanática también forma parte de la manera de manifestarse el espíritu en su infinitud, pero en su perfección la supera y la concilia con su opuesto: la polifacilidad erótica.

Por último, el romanticismo tiene entre sus aspectos fundamenta-



les, al más notorio y llamativo: la visión prometeica (titanismo). Y no podría ser de otra manera: la exaltación de lo infinito genera en el hombre dosis de sufrimiento e insatisfacción de lo finito, raíces mediante las cuales se nutre un espíritu rebelde ante las reglas, los límites y todo aquello dispar o inadecuado con lo infinito.

Visto así, este movimiento descendiente directo de la *Sturm und Drang*⁴ muy pocos encuentros tiene, de manera directa, con el anarquismo. En efecto, al revisar la literatura y la política del siglo XIX, son más las afinidades del romántico con el liberal que con el libertario. Así, por ejemplo, cuando Fernando Calderón se vio arrastrado por el romanticismo a mediados del siglo XIX, escribió, en el *Soldado de la libertad*,

*Entre hierros con oprobio
Gocen otros la paz:
Yo no, que busco en la guerra,
La muerte o la libertad.*⁵

el autor se sabe un luchador social intolerante contra las dictaduras. En su *Sueño del tirano*, composición sombría, implacable, farragosa, pone en claro la mezcla de odio y terror que le inspira un monstruo de esa envergadura, y se propone castigarlo mediante su conciencia:

*Del lecho se lanza
Con grito doliente,
Se inunda su frente
De frío sudor.*

...
*Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad.*

*Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida,
Clamando piedad.*

El tema es recurrente; así, en *Adela* clama por la gloria de combatir al tirano en aras de la libertad:

*Yo también a los libres unido,
Vibraré denodado la espada
Y mi frente será coronada
De laurel y de palma inmortal.*⁶

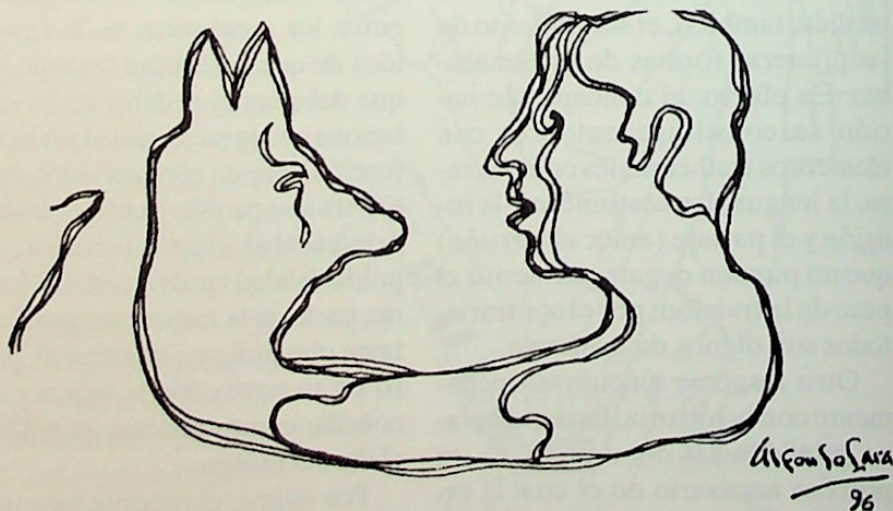
Pero la libertad que busca el combatiente liberal, como hubo muchos, no es la del libertario; ni ocurre que la denuncia social que uno y otro realizan persiga el mismo objetivo. Como ocurrió a A. Q. Quintana Roo, F. M. Sánchez de Tagle, G. Prieto, I. Ramírez, A. F. Cuenca y otros más que hicieron de las letras una barricada para defender la libertad: la del liberal se agotó en ocasiones en el arte⁷ o, en el más político de los casos, en la consoli-

dación de un Estado con el menor poder y lo más reducido posible en su campo de acción.⁸ Asimismo, cuando I. M. Altamirano denunciaba que “las tropas del gobierno, en caso de matar, mataban a los hombres de bien”, y cuando fustiga a El Zarco en tanto exalta a Nicolás el herrero, lo que pretende es una regeneración del hombre mediante el trabajo y las virtudes.⁹

Conviene aquí aclarar que hubo liberales que no fueron románticos y románticos que no fueron liberales; sin embargo, el contexto sociocultural mexicano propició que una buena parte de los hombres de letras lo fueran de la política y, en ocasiones, de las armas. En esta forja y en esta concepción del mundo, el romanticismo pudo ir al encuentro del liberalismo, aunque, a medio camino, la exaltación del Estado llevaría a un grupo de liberales a coincidir con otra criatura del romanticismo: el positivismo.¹⁰ Sin embargo, una fracción del ala más exaltada de los liberales, aquella que no cayó en el culto a la tecnología, a la ciencia y al progreso en general, en la adoración del “materialismo” (según se entendía en la época), colocaron su vista en otra faceta del hombre y de lo humano,

en lo humanista sociocultural (ética filosófica incluida como eje de primer orden), a la manera de los románticos liberales y exaltados de Francia y España, y a la manera en que apostarían luego los regeneracionistas españoles de fin de siglo (¿No ocurre que el órgano de difusión de esta nueva generación de críticos se llama *Regeneración*, homónimo del ibero?) El resultado: apostaron el ideal del progreso al mejoramiento material, cultural y social de las clases desposeídas; ante un crecimiento que rápidamente vislumbraba una distopía, opusieron una utopía en la cual se articularon los más ricos elementos del liberalismo social y los de *La Idea*.

Los modernos prometeos, apóstoles —hasta el martirio— de la nueva “palabra rebelada” del socialismo libertario, sin embargo, hicieron del sentimiento nacionalista un simple punto de partida para lanzar su grito emancipador más allá de las fronteras del Estado nacional: la circunstancia del exilio amplió, de cierta manera, el horizonte de la lucha y el proyecto sociales. Como utopistas no podían profesar ni distopías, ni ucronías: no podían compartir el tradicionalismo romántico a plenitud, aunque su faceta liberal



los empujara a rescatar elementos de una formación social pasada que no reñían con el anarquismo. La historia no es para ellos racionalidad entera ni perfecta: el providencialismo romántico carece de razones para existir debido a que clausura los lugares para el individuo y sus libertades tan caros a la concepción ácrata. La forma que adquiere el optimismo en el libertario no es aquella convicción del romántico de que la realidad debe ser y es, en todo momento, racionalidad y perfección; el optimismo deriva, por el contrario, del eros utópico y no de la distopía tanática del momento y las circunstancias. Queda en pie, como puente, un Prometeo como símbolo del titanismo romántico: la imagen del desafío y de la rebelión.

Adoradores románticos de la autoridad y prometeos libertarios, sin embargo, comparten un cierto culto y una exaltación de lo infinito: y el no contentarse con menos que con la infinitud es una característica del espíritu romántico. El positivismo, por supuesto, no lo rechaza: el positivismo extiende el concepto de progreso a toda la historia y esto

significa, en efecto, "evolución". Los libertarios mexicanos, formados en un ambiente positivista "a la mexicana" no encuentran, claro, grandes incompatibilidades entre esta concepción y *La Idea*, cuya utopía estaba marcada por el "espíritu de la época", un espíritu impregnado de la evolución y del progreso.

Los "ismos" de la segunda mitad del novecientos son iconoclastas, rebeldes, aunque unos lo son más que otros; no basta, por tanto, recurrir al manoseado argumento del "espíritu de la época" para explicar fenómenos *sui generis*: su especificidad se diluye; no bastan tampoco las analogías para explicarse un movimiento particular: la historia de las ideas tiene que echar mano de otros recursos que vayan más allá de la genealogía ideológica. La semiótica y el análisis del discurso devienen también insuficientes.

La generación de los magonistas mexicanos es un buen ejemplo. Nos muestra un panorama diferente de aquel que se presentó en España y en Francia. Si bien es cierto que en otras latitudes y tiempos romanti-

cismo y anarquismo (mejor, la concepción que del anarquismo se tiene, y al parecer no la más adecuada) han coincidido, como lo señala H. White, para el caso de los Flores Magón, Guerrero, Sarabia y Rivera es menester seguir ese movimiento que va, por un lado, de la Ilustración, al liberalismo, cierta faceta romántica, liberalismo radical, cierta faceta positivista y terminar en el anarquismo hasta conformar, previa comprensión del contexto, el "filum" del magonismo, y no buscar como erróneamente se ha intentado la explicación de la praxis del bloque *Regeneración* en una simple correspondencia mecánica anarquismo-magonismo; esa línea es tan estéril como aquella que parte de la radicalización de un cierto grupo de liberales merced a las incansables persecuciones y encarcelamientos a que fueron sometidos (ocasionalmente incentivados por Bazora, Goldman, Malato u otros más). Las constelaciones de ideas, sus contextos, sus diálogos y movimientos aún esperan: los magonistas, pese a lo apuntado, no son la excepción •

Notas

¹ México, entre otras naciones, asistieron con cierta asiduidad a las Ferias Mundiales con la finalidad de obtener inversionistas e inmigrantes (de "gran nervio"). Para ello, Porfirio Díaz no escatimó esfuerzos para construir, desde dentro y desde fuera, mediante la prensa y equipos profesionales para el montaje de los *stands*, la imagen de un Estado moderno, ideal para los extranjeros en cuanto a materias primas explotables, herencia histórica apreciable, fuerza de trabajo utilizable, etcétera.

² La Unión Liberal, núm. 1, México, 13/III/1992.

³ White, H., *Metahistoria. La imaginación en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992, p. 33.

⁴ Tempestad e ímpetu, título del drama de Maximilian Klinger. La expresión se aplica a un movimiento filosófico-literario de la segunda mitad del siglo XVIII, cuyo sur-

gimiento, arraigo y desarrollo fue más notorio en Alemania.

⁵ Citado por F. Montes de Oca (ed.), *Poesía mexicana*, Porrúa, México, 1971, p. 76.

⁶ L.L. R.R., "Parnaso mexicano, obras poéticas de Don Fernando Calderón", en *El museo mexicano*, t. IV, 1845, p.p. 42 a 444, citado por Fernando Tola. *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM-Universidad de Colima, 1987, pp. 49-55.

⁷ El arte como medio de emancipación "por sí mismo, por su autonomía y valor propio", como una "esfera de la libertad frente a la necesidad", navegó en la *Weltanschauung* de la época y se evidenció en Kant, Hegel, Schiller y Goethe, entre muchos otros. Vid. A. Sánchez Vázquez, "Modernidad, vanguardia y posmodernidad", en *La jornada semanal*, núm. 233, México, 28/11/93, p. 27. Cuando Manuel Gutiérrez Nájera demanda de Sancho

Polo, pseudónimo con el cual publicó *La bola* Emilio Rabasa, que "siendo joven es forzoso que ame la libertad", por citar un caso específico, se refiere exactamente a esa concepción del arte.

⁸ A la manera de los estoicos (*Res publica*), ciceroniana y, en cierta forma, roussoniana y en general, de los contractualistas.

⁹ I. M. Altamirano, *El Zarco*, México, Océano, 1986, p. 90.

¹⁰ Este fenómeno, fruto de los pregones comtianos en *Système de politique positive*, en una línea francamente hegeliana, no fue exclusivo de México: alcanzó a algunos de los jóvenes estados latinoamericanos y, en cierta medida, tiene su correlato con la España liderada por la Unión Liberal (¡Ah extraño colofón de una receptividad tantas veces satanizada por románticos-liberales!), con sus obvias distancias.